Baturradas Sicalípticas

TOMO III

CORSÉ

—¡Remoño! ¡Miá, Miá, Celidonio que guena moza! ¡Olé!

¡Otra! ¿Pa eso? ¡Mejor debía de ser la metá que le falta!

20 CENTS

TOMO TERCERO

Baturradas

Sicalípticas

COLECCION COMPLETA DE LOS MEJORES CUENTOS,
CHISTES, FRASES, EPIGRAMAS ETC.; ETC.

CASA EDITORIAL «LUX»
Calle Baja de San Pedro, núm. 17.
BARCELONA

POR NO MADRUGAR

Era la Mariana Corbera una de las mozas mas garridas y mas apetitosas que había en el pueblo.

Las curvas de la moza habían causado mas desventuras entre los mozos del pueblo, brutos los pobrecitos hasta mas no poder; que las balas de los rifeños en nuestro ejército de Melilla.

Cada noche que salían de ronda; al llegar delante de la casa de Mariana; ya se sabía, tres ó cuatro guitarras hechas astillas; alguna cabeza rota ó algún hombre mal herido.

Y á tal extremo llegaron los desperfectos individuales de los pretendientes de la Mariana, que el alcalde no tuvo otro remedio que intervenir diciendo un día á la muchacha:

—Rediez; maña; ó te casas pronto ó el médico no va á poder cuidar á todicos los mozos que por tus piazos están destrozándose los suyos. Yo ya se lo hi dicho á tu madre. Con que eslige el que mejor te parszca; y á ver al siñor cura.

—¡Otra! exclamó la muchacha con altanería. ¿Pues acaso hi de casarme de real orden?

—Si, siñora. Como cuestión de orden público ¿Lo entiendes, maña?

—Vaya. Como que á mi no me gusta ninguno de los que me pretenden, ya que tanto interés tié usted en que me case, búsqume un novio.

—¡Rediez¡ Y que lo tengo para tu que ni pintao.

¿Quien es?

—Bartolo, mi sobrino.

—¡Valiente piazo de bruto, siñor alcalde!

—Pus, miá tu. Por eso te conviene mas, maña.

Y la Mariana lo pensó bien, y juzgó que el alcalde tenía razón y Bartolo Mochales, que era el mozo mas bruto del pueblo, se llevó aquel panali-

co, como decía mosén Robustiauo, que era el cura de aquella parroquia.

Era mosén Robustiano, hombre de treinta y cinco años, fuerte robusto, mas apegado á las cosas de la tierra que á las glorias del cielo y que cada vez que veía una hembra se le enmudecía la boca y le brillaban los ojos, diciendo con la mayor unción del mundo:

—¡Bendita sea la Providencia que con flores tan preciosas, esmalta el áspero camino de la vida!

Mariana había sido siempre una de las mencionadas flores,

Y á los pocos dias de casada, se la encontró un día en el campo y la detuvo diciéndola.

—¡Retroncho! ¡Y que redondica que ti vas poniendo, maña! Paice que ti ha probao lo del ca-

—¡Otra! ¿Y porqué no había de probarme, mosén Robustiano?

—Ya verás, maña, Bartolico, tu no lo sabes, pero yo si. Está en pecao mortal, y eso es una lástima pues al unirte tu a él, también estás en pecado mortal. Que él se condene, importa poco, pero que tu te condenes, eso fuera una iniquilad que yo no puedo consentir. Por lo tanto prepárate para que pueda sacarte de pecado mortal.

—¿Y cuándo va á ser esto?

—Mañana, al amanecer, y en tu casa. Dispierta á tu marido y que se vaya á trabajar. Tu solica me ayudarás.

—Y vaya si le ayudaré. No ha de quear usted descontento. Mañana, puesto que ice usted que la mejor hora es al amanecer ya todico lo tendré dispuesto. ¿Va á venir con usted el sacristán?

—No; mujer; con el hisopo basta. Tu ten la puerta entorná y lo demás ya lo arreglaré yo.

A la mañana siguiente por mas esfuerzos que hizo la Mariana; no pudo conseguir que Bartolo se levantara y se fuese á trabajar.

Entonces tuvo una resolución heroica; Marchóse á casa del cura.

Pero no había contado que mosén Robustiano, ansioso sin duda de realizar aquella obra de caridad; no había querido esperar á que la puerta se

abriera sinó que se deslizó por el corral dentro de la casa; y se dirigió á la alcoba donde reposaba como un bendito el bruto de Bartolo.

Y se aproximó á la cama; y algo debió sentir el marido de Mariana porque incorporándose de pronto; exclamó:

—¡Rediez! que esta puerta está cerrá.

El cura dió un respingo; pero como al mismo tiempo saltó al suelo Bartolo y abrió la ventana y reconoció al cura; éste no tuvo mas remedio que decir:

—Calla hombre que he querio sin que tu te enterases; sacarte los demonios del cuerpo; que los tiés muy agarrados y tu no lo conoces; y te has despertao antes de poder hacerte la operación con el hisopo.

—Rediez; dijo Bartolo; restregándose los ojos. Pus si llega á estar aquí la Mariana; no digo nada la sorpresica que le da su merced. ¡Digo y que no estaba poco fuertecico el hisopo!

¡EMBARAZADO!

El cura de Chupapelotas de Abajo, pueblo de la provincia de Aragón, que si no consta en el mapa es por un exceso de pudor de nuestros geógrafos, era uno de esos curas liberalotes que no ven en su ministerio sinó un modus vivendi que les permite comer la sopa boba sin el sudor de su frente.

Ahora, eso si, como bruto lo era tanto como cinco caballerías juntas, y perdóneseme la expresión un tanto original.

Lo mismo recitaba una misa de requiem ó enjarretaba un sermón lleno de exabruptos, que se engullía medio cabrito asado ó se ponía á jugar al tute con los mozos del pueblo.

¡Y que había que oirle echar tacos por aquella su boca evangélica, cada vez que el contrario le acusaba las cuarenta!

Pero todo ello no tenía nada de particular, porque él decía:

—Las partes del hombre son dos: una destinada al desempeño de sus funciones, y la otra para darse gusto á si mismo.

Como verán nuestros lectores, esta manera de expresarse demostraba bien á las claras que si algo

nia el pater desarrollado no era ciertamente la inteligencia.

Desde luego se adivina que á don Silvestre, así se nombraba el cura, no le habría faltado en sus mocedades la correspondiente ama; y que, por lo tanto, en su edad madura habían de sobrarle sobrinos con que entretenerse.

Y así era en efecto.

Don Silvestre tenía dos sobrinos: Inocencia y Cándido; y ambos se parecían al tío como un huevo á otro huevo.

Inocencia, una trigueña de ojos expresivos y labios como la grana, había cumplido diez y siete marzos y estaba en esa edad en que á la mujer se le alborota la sangre en las venas y comienza á rascarse donde le pica y á picarse donde se rasca.

Cándido era un zangolotino de catorce octubres sano y regordete. desaplicado como él solo y travieso como el que mas.

Don Silvestre quería á sus sobrinos cual si fueran hijos suyos, aunque siempre demostraba predilección por Cándido, bien porque fuese el mas pequeño bien porque con la edad hubiera el pater cambiado de gustos.

De esta preferencia, decía el boticario:

—Cándido es el anillo del dedo gordo del padre Silvestre.

Hay que hacer constar que el boticario era aficionadísimo al empleo de las metáforas en sus conversaciones.

II

En Chupapelotas de Abajo no abundan ciertamente los señoritos; y por esta razón, las mozas del pueblo tienen que conformarse con los zafios lugareños, por aquello de que á falta de pan buenas son tortas.

Inocencia, pues, por mas de que su educación había sido bastante esmerada, no tuvo otro remedio que admitir los galanteos de uno de aquellos destripaterrones so pena de quedarse para vestir imágenes, ocupacion que no le era nada agradable.

El novio de Inocencia, á quien llamaremos Juanillo, auuque hijo de alcalde, y tal vez por esto mismo, era mas animal que un toro capón, si bien de lo último no tenía nada absolutamente.

Inocencia y Juanillo se entendían y bailaban solos; y de estos bailes y de estas avenencias no tenía conocimiento alguno el bueno de don Silvestre.

Los muchachos encontrábanse á cada momento ya en el espeso olivar de la Humbría ya en el sendero de la Zorca, ora en el camino de la fuente, ora en lo mas intrincado de la sierra, y allí, donde fuese, echaban sus párrafos amorosos y charloteaban diálogos poco mas ó menos del tenor siguiente:

—¿Me quiés mucho? interrogaba el zote de Juanillo, clavando sus miradas en el aterciopelado rostro de la sobrina del cura.

—¡Muchísimo! contestaba Inocencia. Ya lo sabes.

—Bueno; pus...dame un beso.

—¡Juanillo!... exclamaba la joven poniéndose como una grana; y extremeciéndose á impulsos de no sé que fuerza misteriosa.

—Mira que lo va á saber mi tío y entonces..

—Deja, tonta; pues ¡y que lo sepa! ¿Por qué es mi padre alcalde? Vamos, dame un beso.

—Bien; pero nada mas, ¿éstamos?

Esos encuentros, esos diálogos y estas peticiones se repetían lo menos veinte veces por semana y; claro está, llegó un día en que los besos supieron á poco y hubo necesidad de hacer un aditamento y así; paulatinamente; la esfera del amor llegó á ensancharse todo lo que su elasticidad permitía.

—Don Silvestre; tengo que hablar á usted de un asunto grave; dijo una mañana el médico de

Chupapelotas apareciendo en la puerta de la casa del cura.

—¿Asunto grave? Malo; si viene usted á pedir dinero ya pué largarse por donde ha venido. Anoche me ganaron al mus las cinco pesetas del entierro del tío Geromo y estoy sin un cuarto.

—No, no vengo á eso; se trata de algo mas interesante que el dinero.

—¿Mas interesante que el dinero? No sé que puede ser; pero eche usted por esta boca.

—Quiero hablar á usted con reserva, don Silvestre.

—Pues, vamos á mi habitación.

Y el pater y el doctor se internaron en la casa.

III

—Vamos á ver que es esto; dijo don Silvestre arrellenándose en una butaca de cuero y señalando otro al médico.

—Señor cura; ¿no ha observado usted nada en su sobrina?

—¿En mi sobrina? y ¿qué quiere que observe yo en Inocencia?

—Pues, algo extraordinario, muy interesante. ¿Usted no sabe que Juanillo, el hijo del alcalde le hace la rosca?

—¿Quién? ¿ése zángano? ¡Imposible!

—Sin embargo, nada mas cierto; Juanillo y su sobrina de usted se quieren; y lo que es peor se lo dicen con mucha frecuencia; con una frecuencia de mal agüero.

—¡Caracoles! Pues no me había fijado. Yo les ataré corto.

—No, ahora lo que debe usted hacer es otra cosa que voy á decirle.

—¿Otra cosa?

—Si, señor; casarlos.

—¿Casarlos? ¡Se ha vuelto usted loco!

—Al contrario; nunca he estado mas cuerdo.

—¿Casar á mi sobrina con ese pedazo de animal que para nada sirve?

—El no servirá para nada; pero con su sobrina de usted ha demostrado servir para algo.

—¿Qué quiere usted decir?

Chupapelotas apareciendo en la puerta de la casa del cura.

—¿Asunto grave? Malo; si viene usted á pedir dinero ya pué largarse por donde ha venido. Anoche me ganaron al mus las cinco pesetas del entierro del tío Geromo y estoy sin un cuarto.

—No, no vengo á eso; se trata de algo mas interesante que el dinero.

—¿Mas interesante que el dinero? No sé que puede ser; pero eche usted por esta boca.

—Quiero hablar á usted con reserva, don Silvestre.

—Pues, vamos á mi habitación.

Y el pater y el doctor se internaron en la casa.

III

—Vamos á ver que es esto, dijo don Silvestre arrellenándose en una butaca de cuero y señalando otro al médico.

—Señor cura; ¿no ha observado usted nada en su sobrina?

—¿En mi sobrina? y ¿qué quiere que observe yo en Inocencia?

—Pues, algo extraordinario, muy interesante. ¿Usted no sabe que Juanillo, el hijo del alcalde le hace la rosca?

—¿Quién? ¿ése zángano? ¡Imposible!

—Sin embargo, nada mas cierto; Juanillo y su sobrina de usted se quieren, y lo que es peor se lo dicen con mucha frecuencia; con una frecuencia de mal agüero.

—¡Caracoles! Pues no me había fijado. Yo les ataré corto.

—No, ahora lo que debe usted hacer es otra cosa que voy á decirle.

—¿Otra cosa?

—Si, señor; casarlos.

—¿Casarlos? ¡Se ha vuelto usted loco!

—Al cantrario; nunca he estado mas cuerdo.

—¿Casar á mi sobrina con ese pedazo de animal que para nada sirve?

—El no servirá para nada; pero con su sobrina de usted ha demostrado servir para algo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues; sencillamente; que Inocencia está embarazada.

—¿Embarazada mi sobrina? Vamos; doctor; usted tiene telarañas en los ojos.

—El que las tiene es usted; señor cura.

—Pruébemelo.

—¿El qué?

—Que mi sobrina esté en ese estado.

—Nada mas sencillo si usted se presta á auxiliarme.

—Desde luego.

—Pues bien; compre usted un orinal nuevo.

—¿Para qué?

—Para que se lo ponga á Inocencia debajo de la cama esta noche.

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto de poder reconocer mañana sus orines. Entonces le diré con certeza si me he equivocado ó no en mis observaciones.

—Perfectamente. Ahora mismo voy á comprar este adminículo.

—Y cuide usted de que no se le olvide orinar esta noche.

—Descuide usted; orinará; vaya si orinará.

IV

Salió el médico y don Silvestre quedóse meditando acerca de todo lo que el facultativo dijera.

—Es imposible; pensaba; que mi sobrina se haya atrevido á despojarse de su honor. Es decir, el que, en caso, se habrá atrevido no será ella; sinó él ese bruto de Juanillo. Como resulte cierto le voy á deslomar. Pero, es imposible. El doctor se ha engañado y mañana lo reconocerá así y cantará la palinodia. Inocencia, tan pura, tan timorata, tan humilde...mentira, no puede ser, sin embargo, iré á comprar el vaso de noche.

Y don Silvestre, descargó un terrible puñetazo sobre el pupitre y saliendo de la casa se encaminó á la única tienda del pueblo, especie de enciclopedia extraña, donde adquirió el mueble que el doctor recetara.

En el interín, Inocencia salió escapada en busca de Juanillo, al que encontró en un altozano, como diría Perez Nieva, escardando unos cebollinos de la propiedad de su señor padre.

—¿Sabes lo que ocurre? le dijo Inocencia apenas le tuvo al alcance de su voz, llorando como una Magdalena.

—¿Qué ocurre?

—Pues; que don Restituto, el médico, ha estado en casa y se lo ha contado todo á mi tío.

—¿De veras? Pues mira; nos ha ahorrado este trabajo.

—Pero no sabes lo que ha dicho.

—¿Qué ha dicho?

—¡Que estoy embarazada!

Y la joven rompió á llorar con mas fuerza; echándose en los brazos de su amante que la arrastró hacia el pié de un algarrobo de allí no distante y la hizo sentar, prodigándola esas caricias que hasta los hombres mas cerriles saben prodigar con talento.

Inocencia debió setir algún consuelo con aquellas manifestaciones de Juanillo, porque cesó de llorar y cogiéndose al cuello de su amante le besó repetidas veces.

Luego. . . . . .

Los pájaros gorgueaban en sus nidos entonando una canción de amor voluptuosa y las auras al agitar las ramas de los árboles parecían querer amenizar aquellos encantadores arrobamientos.

V

Ya no se acordaba don Silvestre de la conversación que el día antes había tenido con el médico; cuando entró su sobrino Cándido en el despacho gritando:

—¡Tío! Ahí está don Restituto.

—¡Demonio! exclamó el cura que en aquel momento estaba tomando el chocolate; ¡esta si que es buena!...Mira vé y dile que se aguarde un poco y, al mismo tiempo, dile á Inocencia que venga enseguida;

—Está en el río.

—Bueno, pues trae el orinal que tiene debajo de la cama.

Marchó Cándido; volviendo á poco con lo que le pidiera su tío.

—¡Caracoles! exclamó éste. ¡Si no hay nada! ¿Cómo le digo yo ahora á don Restituto que no me he vuelto á acordar de su encargo? Va á decir que no me intereso por la honra de mi sobrina. ¡Ah! ¡Magnífica idea!...Oye; Cándido...

—¿Qué manda usted, tío?

—¿Tienes ganas de orinar?

—No sé, balbuceó el muchacho.

—Mira, anda, oríuate ahí.

Ya se sabe que los muchachos siempre están dispuestos á hacer aguas menores; y Cándido no tuvo que esforzarse mucho para complacer á su tío

—Bueno; ahora; silencio. Anda vé y dile á don Restituto que pase.

Segundos después; entraba en el despacho el doctor y tendiendo la mano á don Silvestre; le dijo;

—¿Ha hecho usted todo lo que le indiqué?

—Absolutamente todo. Aquí tiene usted el orinal nuevo y las *aguas* de mi sobrina:

Y añadió para su roquete:

—Vamos á ver la ciencia de estos matasanos.

Calóse las antiparras el bueno del doctor y agarrando por el asa el recipiente; comenzó á examinar con detención minuciosa el contenido, probando el líquido con el dedo índice y paladeándolo silenciosamente.

Cándido y don Silvestre le miraban hacer y chupar; con ojos asombrados el primero y el segundo con una sonrisita irónica; cuyo secreto solo poseen los hombres de sotana.

Al cabo de algunos momentos de examen, don Restituto dejó sobre la mesa la gran taza y exclamó con aliento de convicción profunda.

—No me equivocaba; la persona que ha producido estos orines; está embarazada.

Al oir esto; Cándido rompió á llorar; como un ternecillo; y entre sollozo y sollozo; exclamó:

—Ve usted, tío:..¡Ya decía yo que había de resultarme algo!

Al oir esto, don Silvestre se puso densamente pálido y don Restituto echó á reir á mandíbula batiente.

VI

Algunos meses mas tarde, Inocencia y Juanillo se unían ante el altar de la iglesia del pueblo y pocos días después la primera daba á luz un hermoso y robusto niño.

Aquel día fué el doctor á ver á don Silvestre.

—¿Qué me dice usted ahora? ¿Me engañaba? interrogó.

—Amigo mío; decididamente no vuelvo ya á poner en duda la ciencia de usted. ¡Es un sabio¡

—Y, apropósito ¿dónde ha mandado usted á su sobrino Cándido?

—A un colegio de Jesuitas.

—Pues entonces, allí le concluirán de abrir los ojos.

Y don Restituto; levantándose de la silla que ocupaba, salió de la habitación murmurando entre dientes:

—Pero señor; ¡que todos han de ser lo mismo!

Inocencia y Juanillo fueron felices, su amor duró tanto como tiempo tardó en llegar al pueblo un secretario de ayuntamiento, andaluz él, que era un redomadísimo pillo y muy aficionado á la fruta del cercado ajeno.

Pero esto es otra historia que contaré otro día á ustedes.

¡GURRUÑAU! ¡GURRUÑAU!

¡Bueno trae el cuerpo el tío Galo!

Desde las tres ha estado bebiendo en la taberna; y son las nueve de la noche.

Como en Valdorinales no se usan todavía faroles para el alumbrado público, el buen hombre da tropezones á cada paso.

—Me pa á mi, exclama; que no voy bien pa mi casa. ¿Se habrá cambeau de puesto? Bien pudiera ser; porque no la alcuentro por dengún lao. Pero no me despaciento, que tarde ó temprano daré con ella ¡Anda si daré! Bueno soy yo cuando me se pone una cosa en la cabeza...¡Ay que me hi lisiau! Usted dispense; siñor...No contesta. ¡Tamal, si con quie hi tropezau es con un perro. Ya te digo yo que hay pa rise. ¡Anda; chucho; que llevas buena trenzadera!

A poco da de bruces en un portal y comienza á descargar sobre él patadas y puñetazos.

—¿Quién va? preguntan.

—Quien puede. ¡Abre!

—¿Pero quién es usté?

—¿Así estamos? ¡Ay, Manolica! Tu has bebido.. ¿Conque tratame de usté? Ti aguardes una miajica á que entre; y ya verás como te escarmiento.

—¿Qué es esto? pregunta una voz de hombre. ¿Quién es usté?

—¿Es que too el mundo va á preguntarme lo mesmo?

—Amos; hombre; replica el otro abriendo la puerta; ¿así estamos? Borracho como siempre. Lastimica me das...Si aquí vivo yo.

—¿Ende cuándo?

—Ende que me echaron al mundo.

—¿Con mi mujer y con mi; vives? Amos; no tienes bien la cabeza.

—¡Te calmes una miajica; tontusco! Voy á acompañate; pa que no te des por ahí de cocota.

—¿Y ande himos de dir?

—A acostarte. ¿No ves que este es mi domicilio?

—¿Y esa mujer tamién es tuya?

—Mientres viva.

—¿Entonces mía no?

—Está claro.

—Ya icía yo...Pus me lleves á ver á la mia; que la pobrecica pué que me eche de menos. Aunque; la verdá; tiemblo que venga corrompiéndome las oraciones. ¿Te pa á tu que la ha dau ahora por decime que bebo? ¡Si son ló mas chafarderas y embrollonas y enreadoras esas hembras!

—No hagas caso y cógete bien; que ya llegamos.

Dando traspiés; parándose á cada momento; el tío Galo y su acompañante llegaron á casa del primero.

La puerta estaba abierta; afortunadamente; por lo que no fué preciso llamar.

—Me alegro; dijo el tío Galo. Así esa bolisera no me atormentará con sus charradurías.

Y se coló de rondón.

Después de veinte caidas; cansado de buscar inutilmente su lecho; se acostó vestido donde bien le vino.

—Aquí me quedo; se dijo; aunque no sé ande estoy. Porque en mi casa mando yo; ¡ea! Y al que no le acomode; que se vaya. Conque; buenas noches.

Ya iba quedándose inmovil cuando notó cierto calor y cierto roce.

—¡Ridiez! murmuró temblando. Ahora si que la himos hecho güena. ¿Pus no me hi acostau en mi ca ma sin sabelo? Ocurren unas cosas...Me apretaré

el resuello porque eota mala pécora no me arme un guirigay. Valiente lengüecica tié la Manuela. En cuanti se aperciba de que estoy con ella, puá ser que me arañe. Paice que me arrempuja...¡Te estés quietecica y no me des garradas! Has de tener juicio ¿oyes?

—¡Gurruñau, Gurruñau!

—Miá que lenguajico... Maña no te sufoques; que ya me se pasará. Quiá. Hoy si que no hi bebido; pués creerme.

—¡Gurruñau Gurruñau!

—Mienten, si icen esto. ¡Que fina estás hoy; rechifleterica! Vas echaudo un pellejico como un terciopelo,

—¡Gurruñau, Gurruñau!

—¡Pacho! Si no te entiendo..,Pero estás mu fina. Mas finica que nunca te hallo. ¿Cómo será eso? En fin, mañana lo averiguaremos. Déjame dormir.

A poco comenzó á roncar, pero cada media hora se despertaba nuestro hombre, oyendo siempre lo mismo:

—¡Gurruñau, Gurruñau!

Amaecía cuando la señora Manuela, la esposa del tío Galo, asió á éste por los cabellos, gritándole:

—¡Descastau, mas que descastau! ¿Ande has estao esta noche? ¿De ronda?

—¡Chía; no me roñes! Si no me hi movido de tu lado...

—¡Bolisero! ¡Embusterazo!

—Aquí mesmamente me hi estau. Por cierto que no has parau de charrar, y no te hi entendido ni miaja.

—¿Quién; yo? ¿Qué te icía?

—Pus mira; siempre lo mesmo: Gurruñau; Gurruñau.

—¡Tama! Sería ese.

—¿Quién es ése?

—¿No ices que has dormido aquí?

—Es bien cierto.

—¿Pues entonces quién quiés que sea ese sinó el tocino? Míalo como te mira.

—¡Puede! Ya me hi dicho yo: pa mi que te si había cambeao la piel y el habla...Antes tuvías el cuerpo aspro y ahura lo hallaba finico...Y en cuanti al habla, claro está que me paicía mas elegante. ¡Mañica! Dende hoy mi acostaré en la pocilga.

DESCANSAR REVENTANDOSE

¿Que por qué se casó el tío Pedro?

Lo van ustedes á saber en el acto.

Se casó; en primer lugar; porque tenía la grandísima suerte de estar viudo hacía tiempo; porque se sentía fuerte y vigoroso como una de esas encinas viejas que ni un rayo las parte; porque se le metió en la cabeza de sopetón; y, en fin; porque á los seseta años no se reflexionan ciertas cosas: se hacen ó no se hacen.

Pero tuvo otra razón mas poderosa: la de que no fué dueño de su voluntad desde el momento en que vió á Marcela.

He aquí de que modo ocurrió el lance.

El tío Perico era rico y avaro.

Por ahorrarse algunos jornales en su huerto levantábase todos los dias á las cinco de la mañana y, andando de acá para allá; escardaba, mullía la tierra, inspeccionaba el estado de sus hortalizas; recolectaba las que hallaba ya en sazón y, sobre todo; ahuyentaba con su presencia á los merodeadores que ya le habían jugado mas de una mala pasada al pobre tío.

Cierto día, entre la nieve matinal; vió allá en la linde un bulto que se entretenía; al parecer, en sa-

quear sus espárragos.

¡Sus espárragos! ¡La hortaliza que se vendía mejor!

—Ya te daré yo espárragos, rugió para su coleto; espera un poco.

Y descalzándose para que no le vendiera el ruido de sus pasos, empuñó una gruesa estaca y se dirigió á paso de lobo hacia la linde.

Conforme avanzaba percibía mas claramente la figura del ladrón.

No era un ladrón; era una ladrona.

Paróse cuando estuvo cerca y, en vez de enarbolar la estaca, apoyóla en el suelo quedándose como embobado.

La cosa no era para menos. Tenía delante una preciosa muchacha de diecíocho á veinte años que, con la falda recogida, iba guardando en ella los espárragos que arrancaba.

La postura que requería esta operación permitía ver al tío Pedro unas pantorrillas perfectamente modeladas, así como juzgar la flexibilidad del talle. Y como en su afán se le había desabrochado el corpiño á la muchacha, vió también el tío Pedro dos botones de rosa en medio de dos globos marmóreos y duros, que á cada momento dejaban adivinar la elástica resistencia que opondrían al tacto.

El tío Pedro estaba en muda contemplación.

Apreciaba las redondas caderas, el negro y espeso cabello enmarañado, los pardos ojos, la encarnada boca de blancos dientes, y, en fin, todo aquel conjunto de hermosura y juventud que se desbordaba.

—Bueno, muchacha, dijo al cabo con voz casi cariñosa; sigue, sigue.

Al oir la voz del tío Pedro y advertir su presencia; la muchacha dió un grito y echó á correr medio asustada; medio risueña; pero sin abandonar el botín que se le iba escapando del delantal.

El tío Pedro la siguió con los ojos y se quedó muy pensativo.

Ocho días después sabía que Marcela tenía fama de honrada, que sus padres vivían á una legua de distancia en la mayor miseria y que acogerían con júbilo una proposición de casamiento.

El tío Pedro estaba enamorado. Marcela, aunque muy admirada de haber producido tal impresión; accedió á sus pretensiones y; por último se casaron. Y ahora entra lo gordo·

***

Despreciando el clamoreo de sus parientes, que esperaban heredarle, el tío Pedro se consideraba feliz.

Porque Marcela era una esposa honrada.

Quizás no amara á su marido con ese amor que constituye el ensueño de las colegialas; pero sí amaba las delicias del matrimonio y era inexorable en punto á los deberes que impone.

Su perfecto conocimiento en la equitación conyugal y su incansable ardor encantaban al principio al tío Pedro; así es que cabalgaban en amor y compaña, no desde la mañana á la noche, sinó al contrario.

El ejercicio era violento, y el tío Pedro notó á poco que su caballo se retrasaba; no era tan fuerte como el su compañera.

Muchas veces para saltar la valla tenía que espolearlo con insistencia. Un hermoso día...no; una hermosa noche, el animal inclinó la cerviz y cayó.

Desde entonces los batacazos se hicieron frecuentes en las carreras conyugales, por lo que Marcela manifestaba un gran disgusto.

En cuanto al tío Pedro, comprendiendo que no era muy airoso el papel que representaba decidió tomar una resolución.

***

Han pasado tres meses.

El tío Pedro no se levanta ya á las cinco de la mañana, sinó mucho antes.

Desde las tres de la madrugada suele andar cavando, escardando, abonando el terreno, trabajando hasta con rabia.

Suda á mares, se cansa; se extenúa; pero continúa su tarea como un desesperado.

—Tío Pedro; ¿qué hace usted á esta hora? le pregunta á veces algún vecino demasiado madrugador.

Y el tío Pedro, apoyando en el suelo la azada; mientras se limpia el sudor con la manga de la camisa, le contesta:

—Pues ya lo ves; estoy descansando.

¡Compadezcamos al tío Pedro!

FIN

T. 828331 (V. 3) FICHA F.- 196
R. 139523 CB. 3621112

TOM & KATTY

AVENTURAS DE DOS HUÉRFANOS

Se publica por cuadernos semanales á 10 cts.

Van publicados los siguientes títulos:

Abandonados en el mar.
Los caníbales blancos.
Prisioneros de los feroces Maoris.
La sentencia de muerte.
Una estratagema de Tom.
La tierra de fuego.
El buque salvador.
Los yacimientos de oro australianos.
El paso de los alpes americanos.
Los bandidos de las pampas.
Los lobos hambrientos.
La tempestad en el desierto.
Entre el agua y el fuego.

Irán apareciendo sucesivamente:

La fiebre mortífera.
Un capitan de diez y seis años.